

«Un futuro común. Chile, Perú, Bolivia. El norte de Chile en el siglo XXI»* de Sergio Bitar

■ Intervención del Senador Eduardo Frei Ruiz Tagle.

Quiero en primer lugar felicitar a Sergio Bitar y a la editorial Alfaguara por este gran aporte al debate, siempre candente y muchas veces apasionado, sobre la relación de Chile con Perú y Bolivia, que por su importancia debe ocupar un lugar prioritario en nuestra agenda.

En la primera parte del libro encontramos un muy certero análisis sobre el desarrollo que podría llegar a tener el norte de Chile, en especial Arica, si se logra una integración que beneficie al norte de nuestro país, al sur del Perú y a Bolivia. Ello puede lograrse mediante la creación de corredores bi-oceánicos, para lo cual se necesita un gran esfuerzo en términos de infraestructura, industrialización, mejor uso de los recursos naturales y fomento del turismo y los servicios.

Sin duda que en ello influyen las posibilidades de desarrollo que hemos dado al norte chileno, y aquí el libro hace un gran aporte al repasar lo que han hecho en este sentido los diversos gobiernos de nuestro país para lograr un progreso sostenible, tanto en Arica como en Iquique. Así nos encontramos con los siguientes hechos:

* Los textos que se transcriben a continuación corresponden a las intervenciones realizadas por los señores Eduardo Frei Ruiz Tagle, Hernán Larraín Fernández y Ricardo Lagos Escobar en la presentación del libro del ex Ministro Sergio Bitar, de este título que tuvo lugar en la sede del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile el 13 de octubre de 2011.

- Declaración de Arica como puerto libre por el presidente Ibáñez.
- Posteriormente, en 1958, creación de la Junta de Adelanto de Arica, que permitió construir hospitales, viviendas, el casino y mejorar el puerto.
- Durante los gobiernos de los presidentes Frei y Allende, desarrollo de las industrias automotriz y de electrodomésticos y en 1969 creación de la sede de la Universidad de Chile.
- Luego, en una decisión a mi juicio errada, el gobierno militar privilegió el crecimiento de Iquique sobre el de Arica. Fue así como Iquique, que tras la bonanza del salitre había quedado muy desprotegida, logró prosperar gracias a la creación de la Zofri y al desarrollo de la industria pesquera. Ciertamente, nadie puede oponerse a eso, pero se hizo en detrimento de Arica que resultó muy perjudicada.
- A lo anterior hay que agregar que la reforma regionalizadora impulsada por la dictadura implicó crear la Región de Tarapacá, dejando a Iquique como capital pese a que en ese tiempo era más pequeña que Arica, y ello contribuyó al aislamiento de esa ciudad.
- Un dato da luces sobre lo que acabo de señalar. En 1982 Arica tenía 150.000 habitantes, Tacna 110.000 e Iquique 120.000. Hoy Arica tiene poco más de 100.000 habitantes, Tacna llega casi a los 300.000 e Iquique pasó de 120.000 a 250.000. En otras palabras, mientras Tacna casi triplicó su población e Iquique la duplicó, la de Arica disminuyó significativamente.

Todo este cuadro, unido al centralismo endémico que afecta a nuestro país desde su independencia –que no es solo nacional sino también a nivel regional-, a la falta de políticas públicas perdurables y a la carencia de una real integración con los países vecinos producto de la desconfianzas que tensionan la relación con ellos, repercutieron negativamente en el desarrollo de Tarapacá y muy principalmente en Arica.

En la década de los años noventa esto nos impulsó a aplicar ciertas políticas específicas para fortalecer esa zona. Así a dos meses de haber asumido el gobierno creamos el Comité Interministerial para el Desarrollo de Arica, integrado por diez ministros de Estado, el Intendente de Tarapacá, el gobernador

de Arica, los parlamentarios de esa zona y representantes de la comunidad local.

De ese trabajo, que se tradujo en la denominada Ley Arica I, salió un conjunto de políticas específicas para dar decisivo impulso a las entonces provincias de Arica y Parinacota. Su gran objetivo era convertirlas en una plataforma de servicios, comercio y transportes que sirviera de puente entre el sudeste asiático y toda la región circundante de América Latina.

La ley fue promulgada el 12 de octubre de 1995 en una ceremonia realizada en el estadio Carlos Dittborn y tenía los siguientes objetivos:

- Convertir Arica en una eficiente plataforma de servicios, fortaleciendo su infraestructura básica y de transporte mediante inversiones del Estado en algunas áreas y ampliación de las concesiones al sector privado en otras, como el puerto de Arica, el ferrocarril Arica-La Paz y las rutas terrestres internacionales.
- Aprovechar las condiciones para el turismo de ambas provincias, mediante una serie de acciones que provean tanto de infraestructura como de incentivos para la inversión en este sector.
- Incentivar la instalación de industrias y servicios en Arica y Parinacota, mediante diversas medidas que liberan de regulaciones la incorporación de los privados, sean nacionales o extranjeros. Adicionalmente, Corfo desarrolló un completo programa de promoción de las inversiones y de fomento productivo.
- Mejorar la calidad de vida de los habitantes de Arica y Parinacota mediante obras de infraestructura vial urbana y rural, pavimentación urbana, vivienda, equipamiento social, de justicia y de deportes, y elaboración de un Plan Regulador que considere el desarrollo de Arica en los próximos treinta años.

Al poco tiempo de ponerse en marcha, fue necesario perfeccionar esta iniciativa debido a que algunos de sus aspectos no dieron los resultados esperados. Por este motivo, impulsamos una Ley Arica II que al momento de dejar el gobierno estaba en su última etapa de trámite legislativo y que perfeccionaba algunas de las medidas de la normativa anterior y agregaba

otras nuevas. Ese cuerpo legal fue promulgado en mayo del año 2000.

Junto con lo anterior, en mayo de 1997 instruí la ejecución de procesos especiales de desconcentración para las provincias de Arica y Parinacota, que fueron el paso previo para la creación de la nueva Región de Arica y Parinacota. Lo mismo hicimos con la provincia de Valdivia, que también sería la base de la actual Región de Los Ríos.

Entrando de lleno al nervio central del libro, cabe preguntarse si hay una relación posible entre Chile, Perú y Bolivia. Y aquí lo primero que debemos dilucidar es si están dadas las condiciones para que los tres países puedan lograr una relación tan óptima como para conseguir una integración efectiva, sin resquemores ni desconfianzas.

Me encantaría decir que sí, pero desgraciadamente los hechos indican todo lo contrario. Por eso, creo que hoy la tarea es trabajar con la realidad que tenemos. ¿Qué nos dice esa realidad? Por un lado, Perú perdió parte de su territorio en la Guerra del Pacífico a manos de Chile y nuestras tropas tuvieron ocupada Lima durante tres años. Entonces, es evidente que los peruanos desde pequeños crecen con un sentimiento antichileno que las Fuerzas Armadas fomentan en sus aulas, al igual que los sectores más nacionalistas.

No estoy criticando, sino solo exponiendo hechos.

Por otro lado, en la Guerra del Pacífico Bolivia perdió su acceso al mar a manos de Chile. Además, es un país que vive con la desgracia de carecer de continuidad democrática y de ser una nación muy fraccionada dada la gran rivalidad que existe entre las provincias más prósperas como Santa Cruz y Tarija –donde está la mayor parte del gas– y las más pobres, como La Paz, Cochabamba, Potosí y Oruro.

En este escenario, no es raro que a menudo se produzcan gestos inamistosos hacia nuestro país.

También sabemos que los mandatarios bolivianos usan el tema de la mediterraneidad para ganar popularidad cuando enfrentan dificultades internas.

En el caso de Perú, el país ha tenido una serie de gestos inamistosos hacia Chile, entre los cuales quisiera destacar los siguientes:

- Recurrir a la Corte Internacional de Justicia por el límite marítimo, porque consideran que hay un tema pendiente, en circunstancias que en 1999 el Canciller peruano declaró que no existían problemas pendientes con nuestro país.
- Retiro de las Convenciones de Lima sin avisarle a Chile en 1995.
- Marcha del Comandante Humala, hoy Presidente de Perú, hacia la frontera para reclamar por el límite marítimo.
- Posición activa contra la candidatura de José Miguel Insulza a la Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos.
- Ofrecimiento a Bolivia de pagar la diferencia del costo para sacar el gas boliviano, con tal de que no saliera por territorio chileno pese a que les resultaba más barato.
- Hostilidades permanentes de que han sido objeto las inversiones chilenas en Perú. El caso Lucchetti es muy emblemático al respecto.
- Actitud del presidente Alan García de engañar a la presidenta Bachelet cuando por teléfono abierto para que su gabinete escuchara le dijo que sacaría del cargo al Comandante en Jefe del Ejército por sus declaraciones antichilenas y que aparecieron en un video en You Tube.

En este escenario, cabe preguntarse cómo podemos seguir avanzando. Considerando lo que hemos vivido en todos estos años, hoy estoy convencido de que la única manera de lograr una integración verdadera que beneficie a los tres países es dándole una salida soberana al mar a Bolivia con solución de continuidad territorial al norte de Arica y con canje territorial, porque ningún Presidente de Chile estará dispuesto a entregar el mando con menos territorio del que recibió.

Creo que una salida soberana al mar para Bolivia con compensación territorial por el territorio que les daríamos y al que hoy no le damos uso, nos beneficiaría a ambos: Bolivia lograría lo que desea, podría finalmente exportar su gas y, por qué no, vender también a Chile parte de él. También podríamos alcanzar acuerdos sobre materias hídricas y desarrollar de manera conjunta proyectos mineros.

Además, un acuerdo de este tipo beneficiaría a los empresarios peruanos y chilenos que podrían invertir en infrae-

estructura, minería, agricultura, etc., y a la vez Chile y Perú, como países miembros del APEC, podríamos facilitar la salida de productos bolivianos al Asia y las inversiones de ese continente en el norte de Chile, en el sur del Perú y en Bolivia.

Tanto cuando fui Presidente como después como senador se me han acercado personas y representantes de diversas entidades a plantearme alternativas de solución. Y en este sentido, valoro que Sergio Bitar haga lo mismo en el libro.

Sé que esto no es fácil y también sé que darle una salida al mar a Bolivia encuentra aún muchas resistencias en nuestro país, pero sinceramente pienso que no podemos pasarnos toda la vida discutiendo este tema. También creo que para nuestro desarrollo futuro es indispensable forjar buenas relaciones con los países vecinos. A ellos los necesitamos y no podemos seguir relacionándonos en medio de la desconfianza y la sospecha, ni tampoco con arrogancia porque nos consideramos superiores.

El actual ministro y entonces senador Pablo Longueira manifestó exactamente lo mismo hace algunos meses en un seminario realizado por la Universidad Adolfo Ibáñez. Incluso agregó que esta solución solo podría impulsarla en nuestro país un gobierno de derecha y creo que tiene razón, porque si un gobierno de la Concertación se hubiera atrevido a proponerlo habría contado con la oposición de toda la derecha y también de las Fuerzas Armadas.

Y advierto que en todos los sectores políticos y de la sociedad civil hay muchas personas dispuestas a lo mismo. En efecto, diversos estudios de opinión reflejan que sin ser mayoría, cada vez hay más personas que están dispuestas a dar este paso. Además, no hay que ser muy agudo para darse cuenta de que Bolivia no se va a conformar con un enclave u otras fórmulas que no signifiquen soberanía.

Esta alternativa también tiene la ventaja de que los últimos gobernantes peruanos han dicho que no se opondrían a una salida soberana al mar de Bolivia. Asimismo, creo que -a diferencia de otras oportunidades- el hecho de que los tres países cuentan con gobiernos democráticos facilita la posibilidad de alcanzar un acuerdo.

Precisamente la principal razón por la que fracasó la fórmula planteada en los años setenta fue que ex presidentes bolivianos de la época -como Paz Estenssoro y Paz Zamora, -

no querían que el crédito de un eventual acuerdo se lo llevara un dictador, como era Banzer en ese entonces.

Sin embargo para concretar esto, es evidente que los tres países deben cambiar las percepciones con que han enfrentado este tema. En mis viajes al extranjero me he dado cuenta de que la causa boliviana capta mucho más simpatía de la que creemos en la comunidad internacional y muchos países consideran que Chile y Perú actúan con mezquindad por no facilitar una solución. Si bien hasta ahora el único que lo ha manifestado abiertamente es el presidente venezolano Hugo Chávez, hay muchos líderes latinoamericanos y ex presidentes de diversos países a quienes les gustaría ver resuelto este asunto.

Al escuchar estas palabras seguramente algunos se preguntarán y ¿bueno, entonces por qué no lo hizo en su gobierno? Años atrás no estaban dadas las condiciones, porque el interés estaba puesto en resolver los temas limítrofes pendientes con Argentina, en resolver las cláusulas pendientes con el Perú y en actuar como garantes en la resolución del conflicto entre Perú y Ecuador, que se logró a entera satisfacción de todas las partes.

Con Argentina resolvimos las 24 diferencias limítrofes que quedaban en ese entonces y solo quedó pendiente Campo de Hielo Sur. Y logramos importantes avances en nuestra relación con Perú y también se crearon espacios de diálogo con Bolivia para tratar diversos temas de la agenda bilateral. Esto demuestra que la prioridad de nuestra política exterior fueron los países vecinos.

En cuanto a la relación con Bolivia con el presidente Gonzalo Sánchez de Losada conversamos varias veces acerca de nuestra relación bilateral. Él me señalaba que en su país había consenso en que la única solución para los bolivianos era una salida soberana al mar con continuidad territorial y yo le replicaba que las cosas debíamos resolverlas de manera gradual y que antes de llegar a ese tema teníamos un largo camino por recorrer para generar un clima de confianza mutua, como, por ejemplo, impulsando encuentros a nivel de parlamentarios, militares, empresarios, historiadores, etc.

Años más tarde, cuando se firmó el Tratado de Paz entre Perú y Ecuador, me encontré con el entonces Presidente de Bolivia, Hugo Banzer, quien aludió a que durante mi gobierno

habíamos logrado avances sustanciales con Perú y Argentina y, me preguntó ¿cuándo van a negociar con Bolivia?. Le respondí que no tenía ningún problema en que estableciéramos un diálogo y esta voluntad se tradujo en una serie de encuentros en Guatemala, Río de Janeiro, La Habana y Buenos Aires entre los cancilleres de Chile y Bolivia, Juan Gabriel Valdés y Javier Murillo, respectivamente, en los cuales las partes exteriorizaron su disposición de llevar adelante conversaciones bilaterales.

Es así como con motivo de un encuentro de los ministros en Algarve, Portugal, ambos adoptaron una declaración conjunta en que las partes señalaron que *«resolvieron conformar una agenda de trabajo, que será formalizada en las siguientes etapas del diálogo, que incorpore, sin exclusión alguna, las cuestiones esenciales de la relación bilateral...»*. También indicaron en la nota que el *«desarrollo de este diálogo estará encaminado a superar las diferencias que han impedido la plena integración entre Chile y Bolivia...»*.

Estos primeros contactos fueron acogidos por el gobierno que me sucedió. Sin embargo, debió hacer frente a la inestabilidad democrática del vecino país, pues durante su sexenio le tocó compartir con los presidentes Hugo Banzer, Jorge Quiroga, Gonzalo Sánchez de Losada, Carlos Mesa, Eduardo Rodríguez y Evo Morales. Las negociaciones avanzaron, pero sin la rapidez deseada debido a la mencionada inestabilidad. Más tarde terminarían abruptamente durante el gobierno de Carlos Mesa, quien tuvo una conducta muy beligerante hacia Chile. El mandatario altiplánico intentó poner el tema de la mediterraneidad en la agenda de la Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno de Monterrey, del año 2004, lo que le valió una categórica respuesta del Presidente chileno. Luego, cuando asumió la presidencia de Bolivia Evo Morales, se retomó el diálogo bilateral con la denominada «Agenda de los 13 Puntos», que estaba basada en la declaración de Algarve de febrero de 2000.

Por lo que respecta a la relación con Perú, en el sexenio 1994-2000 tuvo cambios cualitativos de gran trascendencia, pasando de los tradicionales vínculos políticos y diplomáticos a una relación integral, de escenarios múltiples, enriquecida por factores económicos, comerciales, financieros, de transportes, del turismo y de intercambio cultural y universitario.

En cada uno de esos ámbitos se suscribieron importantes instrumentos binacionales.

Al principio no fue fácil porque el presidente peruano Alberto Fujimori era un hombre esencialmente desconfiado. Por eso, junto a José Miguel Insulza y su equipo de la Cancillería, diseñamos muy cuidadosamente nuestra actuación como garantes en el conflicto entre Perú y Ecuador. Actuamos estrictamente apegados al derecho internacional y ello nos permitió ir ganando la confianza de Fujimori, quien había sido advertido de que Chile iba a ser más bien un aliado de Ecuador en esa disputa.

De esa manera, logramos crear un ambiente propicio para avanzar en una serie de temas, entre los cuales quiero destacar los siguientes:

- La firma del Acta de Ejecución del Tratado de 1929 en noviembre de 1999, el hecho más relevante de la relación bilateral desde 1930 a la fecha. En esa oportunidad, el entonces canciller peruano, Fernando de Trazegnies, dijo textualmente en su discurso: «*Con esto se terminan todos los temas pendientes entre ambas naciones*».
- Además, en el periodo se concluyeron, entre otros, un acuerdo en materia de transporte aéreo, en febrero de 1998, y el Acuerdo de Complementación Económica, en julio de ese mismo año.
- Como símbolo de la nueva etapa, Chile recibió en 1999 la primera visita de Estado de un presidente peruano, que fue correspondida por mí en febrero del año 2000.
- Creación del 2+2, reuniones bilaterales de los ministros de Defensa y Relaciones Exteriores de ambos países.
- Comienzo de las inversiones chilenas en el Perú.
- Monumento a O'Higgins en una de las principales avenidas de Lima, con lo cual se dio merecido reconocimiento a quien fue el libertador del Perú.
- Primera visita de un presidente de una rama del Congreso Nacional de Chile a Perú (Gutemberg Martínez, entonces Presidente de la Cámara de Diputados).
- Rol de Chile como garante en la solución del conflicto bélico entre Perú y Ecuador.

- Intercambio permanente de visitas a nivel de ministros de Estado, alto mando de las Fuerzas Armadas, parlamentarios, empresarios e historiadores, lo que contribuyó a fortalecer las confianzas recíprocas.

Al terminar, quisiera destacar tres aspectos. En primer lugar, durante mi gobierno la relación con los países vecinos se basó, sobre todo, en la confianza y cercanía con los presidentes Menem, Fujimori, Sánchez de Lozada y Banzer, lo que también se reprodujo a nivel de cancilleres con mis ministros Carlos Figueroa, José Miguel Insulza y Juan Gabriel Valdés, el subsecretario Mariano Fernández, y los cancilleres Guido di Tella de Argentina, Fernando de Trazegnies de Perú y Javier Murillo de Bolivia.

En segundo lugar, en todo el trabajo que realizamos siempre me apoyé en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que tenía un equipo de profesionales de gran categoría. Mi gobierno fue uno de los que más confianza tuvo en los diplomáticos de carrera y el ejemplo concreto de ello es que al asumir como Presidente, los veinte primeros ministros consejeros de la Cancillería fueron nombrados, embajadores en las principales representaciones diplomáticas de Chile en el exterior.

Finalmente, quiero felicitar a Sergio Bitar por su magnífico libro. Lo recomiendo plenamente, porque es una buena base para abrir un debate de altura respecto del futuro de nuestra relación con Perú y Bolivia. Para mí, la disyuntiva es muy simple: nos quedamos entrampados en el recelo, las desconfianzas y el recuerdo de una guerra ocurrida hace más de 125 años, o miramos hacia adelante con inteligencia, generosidad y sentido de futuro. Me quedo con esta última opción.

■ Intervención del Senador Hernán Larraín Fernández

Aprovecho la invitación de Sergio a comentar su libro para decirle que en el Senado echamos de menos su cooperación y el rigor de su trabajo parlamentario. En primer lugar, celebro que haya escrito este libro sobre temas que hemos trabajado

con mucha diplomacia y de alguna manera con mucha reserva. No digo que los hayamos tratado en secreto, pero en todo caso me parece que ha llegado el momento de llamar las cosas por su nombre, de cara a la opinión pública, independiente de nuestra opinión personal. Hay buenas razones para adoptar una u otra posición, pero normalmente hemos considerado que el tema es de tal gravedad y seriedad que nadie se refiere a él y ahora Sergio pone las cosas sobre la mesa. Pese a que se trata de un ensayo, su estilo es bastante coloquial, fácil de leer y de seguir y por lo tanto, permite que no sea un debate de eruditos, porque se refiere a temas que no solo puede definir el mundo político, por alta que sea la investidura de sus representantes, sino a cuyo respecto la calle se pronuncia cada vez con más fuerza. Por eso, la obra de Sergio es un aporte que contiene propuestas muy originales.

La obra trata básicamente de dos materias que se entrecruzan. Primero, se refiere al norte de Chile, que en nuestro país no tiene la misma connotación que la zona centro sur debido a razones históricas, a que su incorporación al país fue posterior y a que nuestro país fue construido no solo en forma centralista sino en torno a una tradición más vinculada al centro-sur, más huasa, más campesina. Durante buena parte de su historia el país se forjó en torno al campo y al desarrollo productivo agrícola y solo comenzó a abrirse al norte en el siglo XIX con la minería y más tarde con la integración de las zonas adjudicadas a raíz de la guerra del Pacífico. En consecuencia, los chilenos no tenemos mucho conocimiento del norte y este libro en forma amena y precisa nos proporciona muchos antecedentes y nos muestra cómo es el norte, que fue haciéndose un espacio y cumpliendo roles muy importantes, desde luego en el desarrollo económico a través del aporte de la minería a nuestro país y también debido a los movimientos sociales y a los liderazgos políticos que se fueron forjando y que sirvieron para construir el país en buena parte del siglo XX. El libro nos ofrece una mirada interesante al respecto, a la vez que nos hace preguntarnos cómo se enseña la historia en Chile. Me produce desazón el poco conocimiento que tenemos de muchas de nuestras verdaderas raíces históricas, porque a juzgar por lo que decían los libros de Frías Valenzuela, y lo digo con todo respeto, nuestra historia es una historia de

hechos militares, de una sucesión de etapas que no reflejan necesariamente la forma como hemos ido desarrollando nuestro país social, escultural y políticamente. Es más, miramos la historia solamente en una vertiente muy circunscrita. Por ejemplo, nada sabemos de África, y poco conocemos de Asia, de modo que para ser un país que se ha insertado en el mundo nuestros conocimientos tienen grandes vacíos y aprendemos la historia por razones circunstanciales y no por razones de fondo. Y eso influye en la formación escolar. Por eso creo que el libro también es un aporte a la historia y la geografía del norte, porque nos hace pensar en cómo enfrentarlo no solo en las políticas que han aplicado los gobiernos recientes para el desarrollo, primero de Iquique y luego de Arica, a través de la Ley Arica y sus revisiones. La voluntad de seguir avanzando en esa línea parece ser una premisa muy central del planteamiento de Sergio Bitar de que el desarrollo del norte de Chile se relaciona con lo que ocurra al sur de Perú y al oeste de Bolivia, zonas que están mucho más integradas de lo que suponemos. Los pueblos originarios de esa zona, quechuas, aimaras, atacameños, circulan en estos territorios como si fuera uno solo, hablan la misma lengua, comercian, realizan actividades culturales y tienen tradiciones que se mantienen más allá de la estructura del Estado en su forma actual, con las modificaciones experimentadas a partir del siglo XIX. Quienes están ahí desde hace siglos miran esto desde otra perspectiva, cosa que hay que tener presente no solo por el interés geopolítico del norte de Chile sino porque su análisis exige ocuparse de nuestras relaciones con Bolivia y Perú. Es lo que hace Sergio Bitar en este trabajo.

Tal vez el problema más complejo que debemos enfrentar tiene que ver con Bolivia, porque como muy bien lo señala Sergio, es un problema real que hemos aproximado de manera radicalmente diferente. Lo que interesa es poder integrarnos más con Bolivia, y en esto me parece que en Chile no hay dos opiniones: la vinculación entre los pueblos, entre los mundos económico y políticos con Bolivia es muy profunda y muy querida y por lo tanto no se trata de un hecho que nos resulte forzado. Sin embargo, históricamente no hemos pensado que para poder avanzar en esa línea haya que resolver la demanda de soberanía marítima de Bolivia, mientras que en Bolivia

piensan exactamente lo contrario. Tal vez conservan algún dolor por lo ocurrido en la guerra y por distintos motivos alientan estos sentimientos y pareciera que en verdad no quisieran avanzar en el desarrollo de las relaciones sin antes haber resuelto el problema de su requerimiento de acceso soberano al mar.

En este escenario, como acaba de señalar el ex Presidente Frei, Sergio nos dice que para poder trabajar hacia el futuro es imprescindible resolver el problema. Sin embargo, cualquier arreglo con cesión de soberanía tiene que contar con el visto bueno del Perú y el acuerdo de Charaña, que es el único que ha sido formalizado ante ese país y que fue negociado durante los gobiernos del General Pinochet y del General Banzer, no fue aprobado por Perú, quien entonces señaló que si se quería avanzar había que internacionalizar Arica para poder dar paso a una concesión soberana que pudiera aprobar. El tema de Arica quedó resuelto en 1929 y para Chile esto no tiene ninguna posibilidad de revisión y abrir un nuevo escenario a propósito de la forma de resolver los problemas con Bolivia lo único que hace es complicar más la situación. Si bien es cierto que en el último tiempo ha habido señales de buena disposición de parte de los gobernantes peruanos respecto de un acuerdo entre Chile y Bolivia, la verdad es que cuando han sido requeridos formalmente su respuesta ha sido muy clara: NO.

Ahora bien, Sergio Bitar también dice algo que hay que tener presente y es que al Perú realmente poco le ha interesado el avance de las relaciones de Chile con Bolivia porque el statu quo parece favorecer su proyección geopolítica y en consecuencia no ha mirado con gran entusiasmo que ellas puedan profundizarse. En el caso de las relaciones con el Perú, de alguna manera se mantiene cierta tensión, pese a que señala que no hay cuestiones pendientes en materias fronterizas sino de interpretación de un tratado. De alguna manera su planteamiento ante La Haya a propósito del paralelo marítimo que separa las aguas territoriales de ambos países ha vuelto constituir un tema de tensión que hace que en las relaciones entre ambos siempre estén caminando con una piedra en el zapato, por mucho que para tener presencia y competir en un mundo globalizado debamos avanzar en el desarrollo

integrado. Aunque en el caso de Bolivia estas tensiones son más fuertes, también se dan respecto del Perú y ello nos mueve a preguntarnos si estamos realmente maduros para poder avanzar en un desarrollo bilateral, con una estrategia entre las tres naciones, entregando Chile la soberanía marítima que Bolivia requiere. En este escenario, personalmente comparto la idea de que hay que aplicar un enfoque compartido para el desarrollo del norte chileno y las zonas colindantes de Perú y Bolivia, porque, como decía, son regiones que tienen mucho que hablar entre sí. Respecto de los planteamientos de Sergio, no creo que sea viable que Chile conceda soberanía marítima a Bolivia a través de un corredor, acompañada de otros elementos como una zona franca o enclaves que puedan alentar la integración entre ambos. No lo creo, por atractivo que parezca poder eliminar de esta manera el obstáculo y hacer más fluida la relación, porque la verdad es que hay muchas razones de fondo que han mantenido vigente la tensión. A mi juicio, una solución de esta naturaleza no resuelve el problema de la desconfianza. El ex Presidente Frei recordaba recién una serie de hechos y situaciones que se han dado últimamente en Bolivia que demuestran un ánimo más allá de la voluntad de buscar un verdadero acuerdo o entendimiento. No es Chile el que deba formular una propuesta a Bolivia, porque si lo hiciéramos en términos que a nosotros nos resulte aceptable, Bolivia difícilmente la aceptará; y si se hace en las palabras que Bolivia quiere oír, no será aceptable para nosotros. Difícil que un presidente no haya estado dispuesto a sentarse y conversar, pero Bachelet no hizo un ofrecimiento en los términos que desea Bolivia y no creo que Piñera vaya a hacerlo. La solución no puede ser impuesta sino que deben construirla ambos países y debe ser viable para los dos. Bolivia ha logrado una estabilidad interesante desde hace ya varios años y eso nos alegra porque habla bien de la democracia. Aún recordamos el episodio que le tocó vivir al Presidente Lagos, que en los años de su presidencia debió alternar con seis presidentes bolivianos distintos, por lo que creímos que el problema quedaba resuelto con la llegada de Evo Morales, que no solo tenía legitimidad democrática sino que representaba el Bolivia profundo, el Bolivia indígena. Sin embargo, ha pasado el tiempo y el quiebre de las conversaciones a propósito de la

agenda de 13 puntos indica claramente que en la actualidad no se trata de llegar y entregar soberanía. Al respecto, basta recordar que uno de los puntos de la agenda era la cuestión del río Silala, en que se llegó a acuerdo en la comisión técnica y ambos países aprobaron una fórmula que posteriormente fue ratificada por Chile pero no por el gobierno boliviano. Por eso, tengo la impresión de que si no somos capaces de solucionar esos pequeños temas, no podremos resolver los grandes, que requieren de grandes cambios cualitativos, culturales, políticos y económicos. En mi opinión, el propio presidente Evo Morales cambió de una línea que se asemejaba a la de la presidenta Bachelet, en que los temas se trataban en foros de discusión a puerta cerrada con altos dirigentes bolivianos y a través de las comisiones de relaciones exteriores. Creo que en un momento dado hubo bastante voluntad de iniciar una primera etapa de acercamiento que pudiera consistir en la fórmula que me parece razonable y que consiste en tener con Bolivia durante un tiempo un corredor en concesión, al estilo de Hong Kong, y desarrollar muchos polos de desarrollo a lo largo de las costas chilenas que permitan ir dando salida a los productos bolivianos con mayores facilidades que las que ya tiene, que son muchas, pero con la actividad y la producción industrial administrada en forma compartida por ambos países. Todo ello sin que Chile ceda la soberanía de esos territorios, porque eso sería dividir el país en muchos frentes. La idea es generar centros de trabajo conjuntos. Por ejemplo, la salida del gas por Perú es costosa y nunca será rentable, mientras que la salida por Chile es natural. Por cierto, habría que cambiar el plebiscito, que se votó para que Bolivia no le vendiera gas a Chile. Estamos hablando de hechos reales que han sido también muy dolorosos para Chile y me parece que ese es el camino correcto para avanzar y es el que el presidente Evo Morales había transmitido a sus pares chilenos. Sin embargo, la baja de su popularidad y las crisis políticas que sigue enfrentando han hecho que una mañana aparezca diciendo que las relaciones con Chile nunca habían sido mejores y el mismo día sostenga en un discurso que si no hay soberanía no hay más que hablar. De ahí que pese a la buena disposición que han manifestado en esta materia el presidente Lagos, la presidenta Bachelet y el gobierno actual, piense que

no tenemos la madurez suficiente para poder avanzar no solo con Bolivia sino también con el Perú, en que está pendiente el fallo de La Haya, tema que no es menor precisamente por la eventualidad de un corredor que tuviese proyección marítima y que ha sido central para Chile. Otro tema importante es el de la intangibilidad de los tratados, que no hemos sostenido solamente por un afán principista sino porque todo el escenario fronterizo de Chile está construido en torno a tratados, por lo tanto en eso tenemos que ser especialmente rigurosos.

En resumen, creo que tenemos que entrar en este debate con la franqueza con que lo estamos haciendo aquí, ya que como se ha podido apreciar al respecto hay opiniones distintas y al final del día lo que nos interesa es el mayor progreso y desarrollo de Chile, pero comprendemos que estos no se logran en forma aislada ni separados de América Latina. En particular, no podemos avanzar alejados de nuestros vecinos, Argentina, Bolivia y Perú, que son nuestros principales y primeros socios. En consecuencia, tenemos que construir con ellos una relación que permita efectivamente el progreso de Chile. Y no me parece que entregar soberanía sea un camino adecuado: la relación debe construirse paso por paso. En América Latina nos inclinamos a hacer cosas grandes: al crear la UNASUR lo primero que se hizo fue invitar a construir un parlamento, en circunstancias de que el tratado constitutivo ni siquiera estaba en vigor. Deberíamos hacer como en Europa, que comenzó con un acuerdo sobre el carbón y el acero, con cosas concretas como infraestructura, conectividad, transporte. En distintos capítulos de su libro Sergio se refiere a los corredores bioceánicos y a la importancia de tener a los tres países en una zona integrada, con facilidades administrativas para inscribir propiedades a título propio, sean bolivianas o peruanas, en territorio chileno, con muchas posibilidades de esa naturaleza que permitan generar un cambio de clima y confianza. Por ejemplo, hasta ahora no hemos explotado suficientemente el turismo aprovechando sinergias.

En el caso del Perú, creo que tenemos que avanzar también en asociaciones más concretas. El tratado de libre comercio costó mucho trabajo y esperamos que se mantenga de modo de poder seguir avanzando en la relación como lo estamos haciendo con Colombia y México en este Arco del Pacífico.

Siempre existe la incertidumbre de lo que va a significar el gobierno de Ollanta Humala en esta perspectiva, pero confío en que podremos avanzar en asociaciones mineras y de otro tipo, porque juntos somos más y podemos hacer más cosas. Tenemos que salir del escollo de La Haya: cualquiera que sea el fallo sabemos que Chile lo va a aceptar y esperamos que Perú actúe de la misma manera y podamos construir una relación de confianza y establecer redes que permitan sostenerla en el tiempo. Además, en los tres países se puede avanzar en acuerdos conjuntos y en temas que son comunes para los tres: energía, medio ambiente y defensa, que es el área en que se producen suspicacias y sin quererlo se entra en una carrera competitiva. A estas alturas en el desarrollo de la humanidad no estamos para suspicacias y debemos crear confianza. Es preciso buscar políticas comunes y siempre precavernos de contar con suficiente equipamiento defensivo disuasivo, pero en un espiral más bien de racionalidad y no de especulación armamentista por temores bélicos que pudiesen existir en el futuro. Esto se logra conversando y trabajando: nadie habría pensado que después de los problemas que tuvimos con Argentina en 1978 hoy nuestras Fuerzas Armadas harían ejercicios conjuntos y los elementos castrenses de ambos países estarían tan integrados. Si comprendemos que si construimos de esta manera las relaciones con nuestros vecinos, en un día no muy lejano podremos pensar como en Europa que las fronteras entre los países no separan estados sino que dividen culturas, identidades, naciones. Si logramos dar este primer paso el segundo, que algunos quieren y que para Chile es muy importante, será más fácil revisar el tema de la cesión de soberanía.

■ Intervención del ex Presidente señor Ricardo Lagos Escobar

En primer lugar, agradezco a Sergio que me invitara a presentar su libro. No es común que quienes están en la tarea cotidiana se den el tiempo necesario para reflexionar y mirar futuro a partir de las experiencias del pasado. En ese sentido la obra de Sergio combina adecuadamente una mirada al desarrollo

del norte de Chile, con nuestra realidad vecinal con Perú y con Bolivia y, en cierto modo, con Argentina. El libro refleja la capacidad de Sergio, la pasión que pone en muchas de las tareas que acomete, ello se proyecta en su opinión de que estamos en condiciones de sacar experiencias del pasado y plantearnos desafíos para el futuro. Con este fin, formula una propuesta muy concreta a cuyo respecto, y con la experiencia de quien ha estado en la presidencia durante seis años, me gustaría realizar dos observaciones.

La primera de ellas es producto de una conversación que sostuve con el General Banzer, en cuanto a que la forma de abordar los temas del pasado es definir con claridad una agenda de futuro y trabajar en ella, puesto que si hacemos bien esta labor, será más fácil abordar la realidad vigente.

Cuando el Presidente Banzer me preguntó, directa y sencillamente, cómo creía yo que se podía resolver el problema de aparecer exportando 400 millones de dólares de gas a Chile, que tras licuarlo lo vendería en 1500 millones de dólares, le respondí que bastaría con ofrecerle al gobierno boliviano una concesión por 50 años, renovable en caso de que siguiera teniendo interés en exportarlo. La operación se haría en términos estrictamente jurídicos, señalando la extensión de terreno necesaria e inscribiendo la concesión en el Conservador de Bienes Raíces. Después se verían la legislación aplicable y las características de la concesión a partir de la cual se construiría una agenda de futuro. A continuación trabajarían el tema dos representantes de los gobiernos de Chile y Bolivia, respectivamente.

El General Banzer me confidenció que tenía dos problemas: cómo cambiar el cultivo de coca a otros cultivos y qué hacer con el gas. Digo esto porque para avanzar es necesario establecer una agenda de futuro y no comenzar por los problemas que tenemos actualmente. Cuando nos referimos al tema boliviano, pocos tomamos en cuenta que, desde su independencia, Bolivia ha perdido más de un millón de kilómetros cuadrados, gran parte de los cuales pertenecen hoy a Brasil y también en parte significativa a Perú, así como a Paraguay, Argentina y Chile. De ese millón, el 10% corresponde a Chile y el otro 90% al resto de los países que he mencionado. Entonces, cabe preguntarse por qué la comunidad internacional fija la mirada

en Chile y concluimos que lo que se observa con mayor nitidez es el tema de la mediterraneidad, el acceso al mar.

El segundo punto que quiero señalar es el tema de la energía. Se ha hablado mucho de la energía, del gas y de integración. A mi juicio, en el siglo XXI es complejo hablar de energía porque las circunstancias han cambiado. Ha variado la relación petróleo, política internacional, energía, rol de los actores. Antes lo que preocupaba era cómo tener acceso a las fuentes de energía. Si se lee la correspondencia entre Churchill y Roosevelt durante la guerra mundial, se comprueba que al primero le preocupaba que los americanos tuvieran los ojos puestos en Irak y Roosevelt le respondió que no se preocupara, porque estaban hablando con Arabia Saudita. Churchill replicó que su preocupación obedecía a que mientras la flota británica se moviera a base de petróleo, Irak era fundamental para ellos. Es decir, lo importante era el acceso y hoy eso cambió. Europa se sentía segura dependiendo del petróleo y del gas que le llegaban de Rusia, porque en el siglo XX una vez convenido el precio el petróleo, se despachaba. Nadie pensó que alguna vez, en plena Guerra Fría, Brezhnev podría cortar el suministro aunque se pagara el precio. En cambio, hoy sí se hace, de manera que hoy se mira el acceso a la energía de manera distinta. En consecuencia, cuando un país tiene la situación energética de Chile, hay que ser cuidadosos porque aparecemos en posición de debilidad frente al interlocutor. Durante los seis años de mi gobierno nunca me referí al gas y, sin necesidad de que lo dijera la Constitución boliviana, sostuve que el gas pertenecía a Bolivia. Si estamos en un mundo en que la energía es poder, debemos ser autónomos para no depender de nadie; cuando se produjo el problema con Argentina en 15 días se resolvió que la ENAP tenía que tener gas licuado para abastecernos.

Creo que al definir la agenda de futuro habrá que tener presentes estos dos elementos y ver si somos capaces de resolver el problema energético junto con Bolivia, Perú y Argentina.

Cuando se es autónomo se pueden hacer buenos negocios en materia de energía, pero estos exigen independencia. Este es el mundo en que vivimos y coincido con el autor cuando nos dice que hay que resolver el problema, y para ello no se necesita conocer las cartas del entonces Ministro de Rela-

ciones Exteriores Domingo Santa María, al Presidente Pinto. La llamada solución Santa María, existe desde que don Domingo, como Ministro de Relaciones Exteriores, antes de que terminara la guerra y a raíz de nuestro triunfo en Antofagasta, percibió la gravedad de que ahora Bolivia careciera de acceso al mar. Al respecto, un punto de partida es la frase del autor en la página 150, donde dice que: «El norte chileno ya no es una zona a proteger, sino una zona a integrar» y a partir de allí desarrolla buena parte de su argumentación. Claro, el norte chileno es una zona a integrar debido a su alto nivel de conectividad internacional. El norte es el corazón del Cono Sur de Sudamérica, es lo que hace que desde el punto de vista de Chile, esa zona deba tener un alto nivel de integración, porque abarca el sur de Brasil, Perú, Bolivia y Paraguay, Argentina, Uruguay y la costa de ese norte de Chile debe ser el elemento que llega a su corazón. Por lo tanto, me parece que ahí está la clave para entender el problema y así se considera desde el punto de vista de nuestra política exterior. Así se consignó en el Libro de la Defensa Nacional de Chile del 2002 y se confirmó en el Libro de la Defensa de 2010, donde como cita Sergio Bitar, la integración configura un mejor escenario para resolver disputas.

Según el autor, la interdependencia apacigua los conflictos e induce a negociar. Desde el punto de vista de la seguridad hay a lo menos tres temas relacionados con la zona que el libro relata muy bien y que es preciso tener presentes. En primer lugar, el tráfico de drogas; segundo, el tema de las migraciones y tercero, la coordinación para la defensa de la zona económica exclusiva en las 200 millas, que debemos ejercer conjuntamente con Perú. Los tres temas son centrales y las migraciones son uno de los siete desafíos que enfrentará el Chile del 2030, en el sentido de cómo abordaremos el tema población y junto con él las migraciones y etnias. Durante mucho tiempo seremos un país receptor de migrantes debido a las diferencias de productividad que tenemos con las economías vecinas. En consecuencia, no hay que pensar en levantar muros, debemos definir una política de migraciones aplicable a los que emigran en busca de trabajo. Hay que buscar otra manera de integración y desarrollar grandes programas de becas con los países vecinos, como se intentó hacer desde

la Cancillería chilena para lograr que Chile vuelva a ser un centro académico y cultural importante como en el pasado.

En términos prácticos, cabe señalar que nuestros amigos australianos reciben 7.500 millones de dólares a través del sistema de educación superior por los que van a estudiar a Australia. Por su parte, Nueva Zelanda, con tres millones y medio de habitantes, percibe 1.500 millones de dólares por el mismo concepto y de paso los estudiantes aprenden inglés. Aprovechemos que tenemos el mismo idioma y a lo mejor incluso podríamos enseñar un poquito de inglés. Lo que quiero decir es que en materia de población y migraciones hay que ser proactivos, definir políticas. Lo intentamos, pero hay que perseverar.

El tercer punto es obvio: se trata de coordinar la defensa en la zona económica exclusiva de las 200 millas. Ojalá que una vez terminado el litigio ante la Corte Internacional de Justicia podamos reanudar una tarea conjunta de ambas fuerzas armadas, defendiendo lo que nos corresponde, entre otras razones porque los peces no saben de fronteras. Tanto Perú como Chile pueden establecer vedas, pero en alta mar no pueden imponerse vedas a la pesca y eso nos causa problemas, por tanto hay que unir fuerzas para defender lo que nos es común y con un sentido de colaboración.

A continuación me refero al tema tal vez más novedoso del libro de Sergio, que es su propuesta. Como se ha dicho aquí, ella parte de que el problema de salida al mar de Bolivia con soberanía resuelve la demanda histórica pero no el problema económico, porque si lo único viable de la soberanía es el famoso corredor que, obviamente, termina en la playa en Arica, quiere decir que tendrán playa pero no puerto. Construirlo es posible pero a un costo enorme. Como recordaba el senador Larraín, en las largas negociaciones realizadas durante los seis años de mi gobierno conversé con seis presidentes bolivianos. Con los dos primeros, Banzer y Quiroga, se habló de una concesión. Con el primero de ellos avanzamos, pero cuando supe que estaba muy enfermo le planteé al presidente Quiroga que cuando llegara el momento quería estar presente en sus funerales, pues me interesaba dejar constancia de que si bien entre nosotros no había existido identidad desde el punto de vista político sí hubo interés en avanzar, de modo que ojalá con su sucesor pudiéramos llegar a un acuerdo sin soberanía,

pero con una concesión. Si éramos capaces de dar ese paso cambiaríamos el mapa geopolítico de América del Sur.

Cabe señalar que esto fue entendido por las instituciones de la defensa nacional y en consecuencia me parecía que había una posibilidad real de acuerdo. Luego hubo elecciones y el Presidente Sánchez de Losada continuó las negociaciones, pero llegó un momento en que la situación política se le hizo muy difícil y me dijo con toda franqueza que «necesitaba soberanía». Le repliqué que no estaba en condiciones de resolverle ese problema porque lo que podíamos hablar ambos requería el acuerdo de un tercer país, de modo que le sugerí que lo consultara directamente con él. Ignoro si el Presidente lo hizo porque se produjo un cambio de gobierno y asumió el Presidente Mesa, quien me pidió derechamente soberanía y yo le señalé que se dirigiera al norte. Digo las cosas con gran franqueza porque al plantearle al presidente Sánchez de Losada que la solución con soberanía la saldría muy cara por la construcción de un puerto, le sugerí la solución de Ginebra. El Presidente me miró sorprendido porque no comprendió de qué le estaba hablando, de modo que le expliqué que en el aeropuerto de Ginebra hay un pequeño letrero que dice «A Francia» y al seguirlo se llega a una sala modesta en que un oficial de policía francés timbra el pasaporte y uno sale y se encuentran taxis con patente francesa que se dirigen directamente a Francia por un camino de dos pistas debidamente enrejado. Si los franceses pudieron llegar a este acuerdo con los suizos, no veo por qué no podríamos hacer lo mismo con Bolivia mediante el acceso directo al puerto de Arica.

Quisiera concluir señalando que el último Presidente boliviano con quien conversé fue Evo Morales. Dos horas antes de que asumiera el cargo me hizo el honor de invitarme a su casa, de una modestia extraordinaria. Le expliqué lo que habíamos avanzado y al término de la reunión le comenté que dado que habíamos tenido una pequeña dificultad con Argentina, estábamos construyendo una planta de gasificación en Quintero y que el mejor socio de Bolivia en materia de gas sería Chile. En efecto, ahora él tendría que negociar el precio del gas que entregarían a Argentina y Brasil, y yo le recomendaría que lo vendiera al precio internacional, que sería ni más ni menos que el precio del gas que tendrá Chile, ya que

en el Cono Sur de América el precio internacional será el que a nosotros nos cueste importar el gas licuado, procesarlo e inyectarlo en la tubería. Entonces, como país vecino y amigo, se lo ofrecía al precio de Chile menos diez centavos de dólar. Al Presidente Morales le sorprendió mucho esta sugerencia para negociar mejor con Brasil y Argentina, tengo entendido que actualmente las ventas a estos países se están acercando bastante al precio internacional, lo que indica que ahora que Chile construyó la planta de Quintero, Bolivia tiene un argumento concreto para fijar el precio de venta de su gas. Todo esto porque me parece que a partir de esta nueva realidad debiéramos ser capaces de mirar el tema entendiendo los altibajos.

Las intervenciones del Presidente Frei y del Senador Larraín han sido muy ilustrativas de la complejidad del problema en todas sus facetas, pero precisamente por esta complejidad Chile tiene que mostrar el mayor interés por resolverlo y señalar que estamos dispuestos a conversar de todos los temas, pero que queremos partir por una agenda que mire al futuro. Si pese a todas las dificultades, como el caso del Silala a que aludía Hernán Larraín, logramos establecer esta agenda habremos avanzado seriamente. Creo que para Chile este tema es esencial, somos un pequeño país abierto al mundo, mirado con respeto por todos, pero ese «todo el mundo» no lo entiende bien y hay que explicarlo. Cuando se produjo el incidente con el Presidente Mesa a que se hizo referencia aquí, yo sabía que iba a plantearse y le dije al Presidente Bush que seguramente surgiría en la reunión, le expliqué exactamente en qué consistía el problema para que estuviera informado. Pese a que el Presidente Bush lo comprendió, la verdad es que el tema es más de fondo. Sé bien que Chile es responsable de solo 10% de la disminución del territorio de Bolivia, pero el Ministro Santa María tenía razón cuando le señaló al Presidente Pinto que había que resolver el tema, porque no podía haber un Estado que no tuviera acceso al Pacífico como le había sucedido a Bolivia. En consecuencia, hay que buscar una solución y creo que la forma más expedita es la concesión.

Una solución interesante producto de un estudio que hizo una empresa internacional para la Mina Santa Inés de Collahuasi para sacar el mineral y llevarlo a la costa, fue construir

un ducto que va de la mina hasta el Pacífico, y por el cual sacan el cobre mezclado con agua. Esta solución podría adaptarse al caso del gas, tendiendo un ducto paralelo prácticamente sin costo salvo el de mantener el camino que lo acompaña. Como la mina se encuentra solo a 7 kilómetros de la frontera con Bolivia, la solución resulta obvia ya que de esta manera Bolivia podría sacar su gas y vendérselo a Argentina, Brasil y Chile al precio internacional que, como se dijo, es el costo del gas en la planta de Quintero y entiendo que próximamente en la de Mejillones.

Me parece que Sergio ha hecho un aporte brillante al señalar la necesidad de formular ambas propuestas simultáneamente. Sin embargo, entendiendo lo que son las necesidades, a lo mejor ello significa que habría que comenzar por establecer la agenda de futuro y si logramos éxito en ello será más fácil llegar a la segunda etapa. En todo caso, no me cabe la menor duda de que es un tema que siempre estará presente en nuestras relaciones internacionales y al respecto el libro de Sergio nos permite una mirada más clara y nítida sobre cómo abordarlo.